

*Las olas gigantes, también conocidas como olas monstruo, son olas relativamente grandes y espontáneas que constituyen una amenaza incluso para los grandes barcos y transatlánticos.*

—¿Es normal que aparezcan en la costa?

—No, es un fenómeno insólito. Las olas gigantes se producen generalmente en alta mar.

—¿Es lo mismo que un Tsunami?

—No. Los tsunamis son olas generadas por desplazamientos de masas que se propagan a gran velocidad y que son más o menos advertibles en alta mar. Solo se vuelven peligrosos cuando se acercan a la orilla y no suponen peligro para la navegación. Por lo que sabemos, la ola que ayer inexplicablemente asoló Laguna fue una ola gigante. Aún no están determinadas las causas pero sí es seguro, para tranquilidad de la población, que una cosa así no volverá a ocurrir en nuestra costa probablemente en siglos.

Extracto de la entrevista del corresponsal  
en Laguna al oceanógrafo  
Luiz Enrique Da Silveira.  
*O Catarinense.*

I

Esteban Dolmen también fue arrastrado por la gigantesca ola que apareció de pronto detrás de su hija. Se golpeó contra el faro, pero no perdió el conocimiento. Apenas la ola pasó, tan rápida como había llegado, corrió entre las piedras de la escollera, desesperado, a buscar a su Anita. El terror le atenazaba la garganta. Si había caído al agua, era muy probable que se hubiese ahogado.

La ola, según se supo después, avanzó cientos de metros, barriendo a su paso los botes amarrados a la costa y espantando a los pocos turistas que se habían quedado en las playas, a pesar de la lluvia. Había reventado con toda su fuerza en la punta de la escollera y allí, al caer entre las piedras, se habían lastimado una docena de personas, entre ellas el propio Esteban. Pero solo había dos heridos de

gravedad: su propia hija y un muchacho flaco y desconocido, que había caído al lado de Anita, y que, insólitamente, la tenía agarrada de la mano. Ambos respiraban, pero estaban inconscientes. Esteban corrió entre las piedras y los restos del bote despedazado, limpió la sangre de la frente de Anita, la levantó temblando y la apretó contra su pecho. A tropezones la llevó hacia la costa, adonde llegaban las ambulancias. Mientras tanto, otros socorristas se llevaban al muchacho lastimado. Bastante después, en el hospital, cuando al fin dejó que lo curaran de sus propias heridas y le dieran un calmante, le dijeron que había gritado mucho, en la escollera, cuando había alzado a Anita. Pero él no recordaba nada más que la cara de su hija, la frente ensangrentada y los ojos en blanco.

Anita se había golpeado la cabeza contra las piedras, o con las maderas del bote que la ola había tirado contra la escollera. Los médicos habían diagnosticado un traumatismo de cráneo. No reaccionaba, tenía fiebre y los médicos se reservaban el pronóstico. Esteban no lo podía aceptar: era demasiado injusto que en el festejo mismo de sus quince años, nada menos que en Laguna, su hija sufriera un accidente tan increíble. Nunca antes se había registrado la aparición de una ola como esa en las

costas brasileñas. Marcia y Moira intentaban, en vano, consolarlo. Esteban movía la cabeza, abatido. No podía llorar, porque nunca había podido hacerlo, pero hubiera deseado con toda el alma dejarse abrazar por Marcia y llorar, llorar toda su tristeza y su miedo. Sin embargo, no lo hacía. Se mantenía lo más sereno que podía, con los ojos rojos y los puños apretados.

En la sala de espera, cerca del sillón donde estaban sentados los tres, había una pareja de ancianos, tomados de la mano. La señora llevaba una larga pollera floreada y un pañuelo en la cabeza; el viejo tenía pinta de pescador. Esteban se los quedó mirando y de pronto recordó al chico, al muchachito flaco que había caído junto a su hija.

—¿Quién era el chico? ¿Cómo está? —le preguntó a Marcia.

La que contestó fue Moira:

—Se llama Lucio Guimarães. Lo conocimos esta mañana, vende pasteles en la playa. Y está igual que Ana: muy golpeado e inconsciente.

Esteban se levantó y se acercó a los dos viejos. Valmir se paró y le extendió la mano. Doña Leonora, mirándolo a los ojos, musitó un saludo entrecorrido por la congoja y lo invitó a sentarse a su lado.

Dos días después de la embestida de la gran ola, tanto a Lucio como a Anita los sacaron del pabellón de cuidados intensivos para pasarlos a un piso de terapia intermedia. Los médicos no se explicaban qué era lo que estaba sucediendo con ellos y, aunque se habían reunido a discutir el caso en varias oportunidades, no encontraban respuestas. Los dos jóvenes se mantenían estables, y a pesar de los golpes y algunos esporádicos ataques de fiebre, los doctores coincidían en que estaban fuera de peligro. Sin embargo, lo preocupante era que no habían recuperado la conciencia. Ninguno de los dos, como en una rara coincidencia, había logrado volver en sí después del shock en la escollera. A falta de mejores explicaciones los médicos lo atribuían, más que a los golpes recibidos, al terrible susto que habían sufrido.

Doña Leonora no se despegaba de su nieto ni Esteban salía de la habitación de su hija. Valmir, Marcia y Moira servían de nexo entre los dos cuartos, llevando información de unos a otros. Así fue como doña Leonora se enteró de que el padre de Anita le estaba contando a su hija la historia que mejor conocía, la de Anita Garibaldi, la misma que había venido a terminar de escribir en Brasil. Y entonces ella decidió que le volvería a contar a su nieto, como cuando era muy chico, la aventura casi secreta del *farrapo* enamorado, Lucio Freire de Azevedo, Lucinho.

Los médicos aprobaban la iniciativa de Esteban y de doña Leonora, pues pensaban que cualquier estímulo podía servir. Algo, cuando menos lo esperaran, tenía que hacer efecto sobre la conciencia adormecida de los dos chicos. Algo tenía que despertarlos.

Esteban traducía de memoria las notas de su tesis al lenguaje llano que su hija adolescente aprobaría. Sabía que ella ya había oído mucho de lo que él decía, pero estaba convencido de que esa era la historia más apropiada para su Anita. Y había empezado por el principio, como correspondía.

«Anita tenía quince años, como vos, cuando la obligaron a casarse con un comerciante de la ciudad,

un hombre rico que le llevaba un montón de años: un tal Duarte, que para ella no era más que un viejo aburrido, un hombre sin más aspiraciones que prosperar en los negocios. Anita no tuvo otro remedio que aceptar lo que le impusieron los padres, porque en esa época las cosas eran así, pero en cuanto tuvo una oportunidad, mostró la hilacha, como diría tu abuela, e hizo lo que su corazón le decía que tenía que hacer. Algunos dicen que andaba caminando por el puerto cuando vio que bajaba de un barco el famoso Giuseppe Garibaldi, que ya era conocido en medio mundo. Mucho más joven que su marido, alto, valiente, famoso, lindo (para lo que se consideraba lindo en esos años, imagínate, como si fuera un Che Guevara de la época), Anita lo vio y quedó deslumbrada. Y el gran guerrero, apenas vio a la morocha joven y bella que era Anita, y le descubrió los ojos indomables (los hombres de Garibaldi, fijate, decían que los ojos de Anita echaban fuego), quedó pasmado. Como hubiera quedado si te hubiese visto a vos, hija. La leyenda dice que Garibaldi la encaró sin perder tiempo: “Usted tiene que ser mía”, le dijo, y a los pocos días Anita abandonó al viejo que tenía por esposo para convertirse en la compañera de vida y de lucha de Giuseppe Garibaldi, y en la madre de sus hijos. Y hasta en la creadora de los uniformes, las

famosas camisas rojas, que los hombres de la legión garibaldina usaron para pelear en Uruguay, en la Argentina y, sobre todo, en Italia. Pero eso vino más tarde, por supuesto. Al principio fue el encuentro en Laguna, el amor a primera vista y la famosa declaración, que tiene varias versiones. Se dice, también, que Garibaldi no se la encontró en el puerto, sino que la descubrió desde su barco, espiándola con el catalejo mientras ella paseaba por la costa. Y fue tan grande la impresión que le causó esa morocha que averiguó dónde vivía y la fue a buscar. En la mismísima puerta de su casa, cuando ella lo atendió, fue donde se la quedó mirando y después le dijo que tenía que ser suya. Se lo dijo en italiano, pero a Anita no le hizo falta conocer el idioma para darse cuenta de lo que le estaba proponiendo el famoso comandante...».

## III

La historia de Lucio Freire de Azevedo, Lucinho, era desde siempre la favorita de Lucio, no solo porque compartía con el *farrapo* nombre y apodo, sino porque, cuando era chico, su abuela siempre se la contaba con enorme pasión. Doña Leonora también le contaba otras historias: cuentos de hadas, fábulas, leyendas de aparecidos, pero Lucio sólo se entusiasmaba con su cuento favorito. La historia secreta de Lucinho, el *farrapo* enamorado, era la única a la que la vieja curandera le ponía toda su pasión. Por eso, quizás, cuando en el hospital la abuela comenzó a contarla sintió que la mano de su nieto, dentro de la suya, se crispaba levemente. Era una señal, pensó doña Leonora, y le puso aún más pasión que cuando se la contaba a su nieto *menino*, cuando de alguna manera lo quería convencer de que no